

VICTORIA SAN VICENTE, ARCHIVISTA PRIVILEGIADA*

Juan Manuel Herrera**

Resumen

El trabajo de la historiadora y archivera Victoria San Vicente Tello ha sido pilar no sólo para conocer el proceso de conformación del Centro de Información Gráfica en el Archivo General de la Nación, sino para comprender la evolución de esta dependencia desde los ochentas hasta nuestros días. Gracias a su capacidad organizativa logró conjuntar su pasión por la historia con la archivística. Su trabajo contribuyó a capacitar y profesionalizar al personal del AGN, en tanto se elaboraba la *Guía General del Archivo General de la Nación*, instrumento de consulta básica, donde logró unir esfuerzos para preservar la memoria documental del país.

Palabras clave: Victoria San Vicente, Archivo General de la Nación, memoria documental.

Abstract

The work of the historian and archivist Victoria San Vicente Tello has been pillar not only for the forming process of the Graphic Information Center in the General Archive of the Nation, but to comprehend the evolution of this dependence from the eighties to the present day. Thanks to her organizational ability, she accomplished to combine her passion for history with archival and she contributed to train and professionalize GAN staff, while coordinating with Juan Manuel Herrera the preparation of the General Guide of the General Archive of

* Una versión de este artículo fue presentada como conferencia con el título “El privilegio de ser archivera”, el 27 de marzo de 2014 para conmemorar en el AGN el Día del Archivera. El texto está dedicado a la memoria de la historiadora y archivera Victoria San Vicente Tello (1955 -2012).

** Juan Manuel Herrera es director de la Biblioteca Manuel Lerdo de Tejada, de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público.

the Nation, reference tool basic, where she managed to join efforts to preserve the documentary memory of the country.

Keywords: Victoria San Vicente, General Archive of the Nation, documentary memory.

Marzo es un mes importante y querido en el mundo de los archivos en México por la enorme contribución del nuevo estatuto que Juan Vicente Güemes Pacheco y Padilla, segundo conde de Revillagigedo, diera al Archivo General el 27 de marzo de 1790. Más de dos siglos después (224 años más tarde), es preciso reconocer ese gesto ilustrado y asomarnos a algún episodio de la inmensa historia que ese largo periodo contiene, para pensar el significado de trabajar en un archivo, en rigor, para vernos en cierto espejo.

Una habitación de la memoria como es el Archivo General, y por extensión el resto de los archivos del país, no es memoria fija ni quieta, no es una habitación permanentemente luminosa sino que la memoria histórica es un territorio de luces y sombras, cambiante, apasionante aunque no siempre sea comprensible su importancia cultural, ni su alcance desde la perspectiva de las instituciones. Pero el trabajo en el Archivo, en todo archivo, es un gran privilegio como trataré de sustanciar.

Cuando ingresé al AGN, en el lejano 1981, me quedó muy claro: participaba en una etapa de transición que ocurría en los archivos mexicanos y con mayor fuerza en el principal. Apenas unos años antes, la nueva directora, la doctora Alejandra Moreno Toscano, sucedía a don Ignacio Rubio Mañé. Dos épocas convivían pero estaba todo en tránsito, se había dejado el Palacio Nacional y estaba remodelándose Lecumberri, esa metáfora arquitectónica no solo implicaba un traslado, la mudanza era también y principalmente entre dos maneras de entender, la memoria de una nación: su importancia para el Estado y su relevancia cultural. Pero si es lejana la situación de 1790 con Revillagigedo, también lo es la atmósfera que se respiraba en Tacuba 8. Todo estaba en febril movimiento, pero el edificio imponía en su arquitectura clásica una interminable serie de compartimientos, los cuales impedían ver la composición del proceso de cambio en su conjunto. Era un cambio radical. Desde el puente, es decir,



Victoria San Vicente

desde donde se gobernaba la nave, quizá sólo Alejandra Moreno Toscano entendía lo que estaba ocurriendo realmente.

De las ordenanzas de Revillagigedo de 1790 al 27 de agosto de 1982, el Archivo recorrió espacios diversos: el Palacio Nacional, la Casa Amarilla en Tacubaya, el Palacio de las Comunicaciones en Tacuba, pero como señalara en su discurso esa mañana memorable la doctora Moreno Toscano, frente al presidente José Lopez Portillo, secretarios de Estado, gobernadores, presidentes municipales, académicos y archivistas de todo el país, “este archivo ha empezado a ser general no solo en el sentido del tiempo que abarcan sus documentos, sino también, y fundamentalmente, por la amplitud de voluntades y colaboraciones que han contribuido a crearlo...”.

Señor presidente, los momentos excepcionales en la historia, en que se hace necesario tomar alternativas, decidir entre opciones que marcarán más tarde el destino de las generaciones siguientes, aquellos momentos que los contemporáneos suelen calificar con el nombre de crisis, son también los momentos en que la historia debe ser reescrita. Solo si se tiene conocimiento del

trayecto seguido por la historia, pueden mirarse esos momentos sin desasosiego y encontrar en ellos la ocasión para continuar los cambios. En los papeles que aquí se conservan hay múltiples testimonios de ello [...] la inauguración de esta obra material forma parte de ese mismo impulso, de esa gana colectiva de preservar nuestra conciencia histórica que, como hemos visto, no es otra más que la vocación de enfrentar el presente, de enfrentar los dilemas de cada día que deciden las posibilidades de la nación en el futuro.¹

El orgullo de un logro mayor y la conciencia de su significado profundo hacían eco en cada palabra de la entonces directora del AGN. Había logrado obtener, en efecto, una casa digna y un edificio, Lecumberri, de una fuerza abrumadora, pero había conseguido sobre todo modificar el estatuto de la institución y alertado entre el gobierno, los académicos y la sociedad la importancia de contar con un archivo nacional para la sociedad democrática. Por añadidura, esa modificación abrió la puerta del Archivo a nuevos profesionales de la historia y de la memoria.

Durante siglos se protegió el acervo, al menos se había conservado y evitado en momentos dramáticos –las invasiones, la guerra– su pérdida total. Pero durante todo ese tiempo, la habitación de la memoria y los papeles tenían compañía, la de todos aquellos nosotros, dedicados al cuidado de lo que hoy llamamos patrimonio documental, esos “archivos sumamente confusos por impericia o por desorden en su colocación y en todos crecidos volúmenes de papeles antiguos”, en palabras del segundo conde de Revillagigedo.

De Juan de Dios Uribe en el siglo XVIII al día de hoy, en los numerosos grupos de trabajo en los innumerables archivos mexicanos asoma una historia no escrita. Estamos hablando de cientos, acaso de miles de personas de quienes no sabemos casi nada.

Una luz evidente en ese recorrido de siglos es la importancia que la historia institucional tiene en el trabajo cotidiano, no sólo como recurso fundamental en el principio de procedencia, sino como áncora en donde tratamos de fijar de tiempo en tiempo la situación de cada uno de los

¹ Alejandra Moreno Toscano, “Discurso de inauguración del AGN en Lecumberri”, 27 de agosto de 1982.

archivos o de los archivos en su conjunto. En contraste, una de las sombras más evidentes en la historia de los archivos mexicanos es la escasa atención brindada a las personas que han dedicado su vida a cuidar los acervos, a procurar su conservación, a profundizar en su conocimiento y, en suma, a propiciar su consulta y aprovechamiento público y privado. De don Ignacio Rubio Mañé y la doctora Alejandra Moreno Toscano no tenemos una aproximación bien documentada de su trabajo en el AGN, como no la tenemos de innumerables personajes que desde el siglo XVIII, han trabajado en esta noble institución.

Durante la elaboración de la *Guía General del Archivo General de la Nación*, Victoria San Vicente y yo nos percatamos de esa enorme ignorancia. A diferencia de alguien bien estudiado en España, como Juan Bautista Muñoz, cosmógrafo real y quien fuera el constructor del inmensamente rico Archivo General de Indias en Sevilla, no se ha estudiado suficientemente a José Antonio Bonilla, ni a José Miguel Arrijoja, menos al famoso señor Rosales, paleógrafo del AGN del siglo XIX, a José Beltrán o a José María Celaya; de Rafael López conocemos su poesía, pero no su trabajo archivístico, el cual incluyó contratar a Octavio Paz, un joven de 17 o 18 años, en los primeros años treinta como mecanógrafo del AGN.

Más tarde, al coordinar otra guía general, esta vez del Archivo Histórico de la Ciudad de México, la presencia de don Francisco Gamoneda era tan absoluta, su trabajo tan impecable, su labor tan duradera que llamó la atención de San Vicente primero y más tarde y con mayor profundidad de Xabier Coronado. Ambos han ayudado a entender quién era ese promotor incansable del libro y de la memoria documental: organizó la Biblioteca y el Archivo Histórico de Hacienda, el Archivo de la Ciudad de México, la Biblioteca del Congreso, fundó bibliotecas públicas, en sus librerías promovía las exposiciones, la lectura y el debate.

Muchos de quienes trabajan en los archivos lo hacen pasajeramente, otros hacen de la vida en los archivos su pasión y tarea principal. Al revisar la lista de colaboradores en la Guía del Archivo, durante la época de Alejandra Moreno Toscano, es fácil comprobar la enorme movilidad que en este campo existe en nuestro país. De 1981 en adelante son muy pocos quienes continúan trabajando en archivos, los más conspicuos la doctora Stella González Cicero y el maestro Jorge Garibay, de quienes habrá que

escribir muchas páginas sobre su gran contribución en la protección de los acervos mexicanos.

Estas líneas, un primer boceto apenas, son para alguien con quien tuve el privilegio de compartir trabajo y vida; y así conocer con mucho detalle su absoluta pasión por los archivos mexicanos, su gusto por la historia y sus motivos, el placer de descubrir documentos valiosos en los acervos, especialmente en los del AGN y tener la curiosidad intelectual de buscar y sorprenderse día con día con los papeles del pasado: Victoria San Vicente.

Ingresó al Archivo General de la Nación en 1983. Algunos de los más jóvenes colaboradores del AGN hoy en día, quizá no habían nacido. Su contacto con la historia era anterior, pues había realizado investigación histórica en torno a las crisis agrícolas de fines del XVIII y la primera década del siglo XIX, tanto en el Archivo Histórico de la ciudad, como en el propio General de la Nación en Tacuba, en el antiguamente famoso acervo central.

Un día se presentó con Leonor Ortiz Monasterio, a la sazón directora general del AGN (finales de 1982) y le pidió trabajo. Victoria San Vicente se incorporó al equipo y de inmediato pasó a formar parte de un singular grupo: el del recién formado Centro de Información Gráfica. Ahí trabajaba Mirta Rosovski, quien haría del conocimiento de la fotografía una especialidad y hoy es una autoridad en la materia: Alfonso, “Poncho” Morales, actual director de la revista *Luna Córnea*.

Conocía San Vicente una luminosa mañana de 1983, llamaba de inmediato la atención pues era de una belleza deslumbrante y era fácil descubrir su absoluta dedicación al conocimiento de los acervos fotográficos, las cuestiones técnicas, la historia de los fotógrafos y los muy exigentes temas de la conservación de las fotografías. Disciplinada, escribía todo, enviaba memoranda y escritos, documentaba cada cosa que hacía o solicitaba hacer.

Pero no es fácil entender, treinta años después, lo que fue recibir el archivo de los Hermanos Mayo o la localización e incorporación del archivo de Ignacio Avilés o el de Enrique el “Gordo” Díaz, entre muchos otros acervos. Su trabajo cuidadoso y tesonero facilitaba la comprensión de ese universo poblado de millones de imágenes.

Su trabajo comenzó una nueva época en la cual los acervos de imágenes –que hoy son mucho mejor conocidos y tienen espacios propios, una Fototeca Nacional, muchos investigadores especialistas– apenas empezaban a estudiarse seriamente, digamos que el Centro de Información Gráfica era una sala modesta en donde hoy está la librería del Fondo de Cultura Económica.

“Sí, Victoria estaba rodeada de imágenes, una imagen es lo primero que visualizo de Victoria, –recuerda Aurelio de los Reyes– recargada en el mostrador de atención al público del Centro de Información Gráfica –de reciente creación en aquel entonces, del Archivo General de la Nación– a media luz por la deficiente iluminación; los rayos de sol penetraban por el vano de una puerta al fondo. Sonriente, delgada, amable, con vestido rojo. Detrás, colgada en la pared, una ampliación de gran formato del retrato fotográfico de un camarógrafo con indumentaria militar y con su cámara de cine montada en un tripie, que yo veía por primera vez. ‘¿Quién es?’, le pregunté extrañado porque lo desconocía a pesar de investigar el cine mudo. ‘Vicente Ladislao Cortés’”.²

La Coordinadora del Archivo Histórico Central era la doctora Stella González Cicero, quien rememora a Victoria trabajando:

[...] en la fototeca de los Hermanos Mayo como una joven entusiasta, bien preparada con muchos deseos de saber más sobre lo que tenía en encomienda. Su persona tenía un encanto peculiar. Muchas fueron las aportaciones de su trabajo en los archivos, pero considero que las guías generales una, la del AGN y otra, la del archivo del Distrito Federal son las más preponderantes no solo por su utilidad para el conocimiento y consulta de dichos archivos, sino por el horizonte documental e histórico que nos brindan [...].³

De su época como encargada del Centro de Información Gráfica, (CIG) recuerdo con cierta nostalgia la noche en la que tuvo lugar la ceremonia inaugural de la exposición fotográfica de los Hermanos Mayo, a la que dedicó muchas horas –como era su costumbre en los proyectos que

2 Aurelio de los Reyes, “Victoria San Vicente”, p. 21.

3 Stella González Cicero, “Fortaleza que edifica”, p. 104.

encabezaba—, ésta contó con la presencia de Faustino y de Julio Mayo. Esa noche, la presencia de Carlos Monsiváis le dio una relevancia especial, pues la conversación con los Mayo nos mostró —con la elocuencia de sus fotos— la monumentalidad de su trabajo. Fue una exposición sin grandes pretensiones museográficas, pero de una importancia extraordinaria en tanto mostraba de otra manera lo que por décadas se había visto disperso en las muchas publicaciones donde los Mayo trabajaron: *El Día*, *El Diario de México*, *El Popular*, *La Prensa*, *Tiempo*, *Siempre*, *Mañana* y *Hoy*. Grandes obras de la fotografía de prensa, cuyo inmenso legado continúa siendo un misterio fascinante: nadie sabe cómo pudieron hacer tantas y tan buenas fotos Paco, Faustino, Julio, Pablo y Cándido. Esa exposición, sería el antecedente principal de la que años después se montaría con grandes recursos en el Centro Julio González del Instituto Valenciano de Arte Moderno (IVAM), y daría lugar a un extraordinario catálogo, en la época de Carmen Alborch.

Uno de los aspectos que caracterizaba el trabajo de Victoria San Vicente era su interés por conocer y estudiar lo que se hacía en otros países en la materia a su cargo. Incansable en su búsqueda de literatura especializada localizaba y compraba libros por igual en Estados Unidos, Canadá, España o Francia (antes de internet) y los leía con voracidad, pero sin prisa, es decir, regresaba a ellos, hacía anotaciones, los usaba como cartas de navegación hasta encontrar novedades editoriales de su interés. Esto viene a cuento porque estableció contacto y participó en seminarios y reuniones; por ejemplo, un seminario dirigido por el especialista de los archivos públicos de Canadá, Sam Kula, acerca de los archivos de imagen y de imágenes en movimiento. Ambos temas tenían y tienen relevancia en la conservación y organización de acervos en el AGN.

El trabajo de quienes estuvieron con ella en el Centro de Información Gráfica puede dar testimonio de su gran contribución en la institucionalización de esta área tan relevante, por sus acervos y por las cuestiones técnicas asociadas a la organización y cuidado de las fotografías.

Un ejemplo de ese trabajo, fue la colaboración con una fotógrafa excepcional, Mariana Yampolski. En la exposición *Bailes y balas* fue posible dar curso a una relación muy interesante la cual debería procurarse más continuamente en nuestras instituciones: la del fotógrafo o artista curador de una exposición fotográfica con imágenes que no son las suyas, pero que

su cultura visual ayuda a comprender y a seleccionar. El catálogo preparado para la ocasión, de gran belleza, da noticia y testimonio de esa colaboración afortunada. Al referirse al trabajo de Enrique Díaz, San Vicente nos dice:

el uso de las fotografías de prensa es un fenómeno de capital importancia, pues acerca al ciudadano común con los personajes públicos, ceremonias privadas y lugares hasta entonces desconocidos. La imagen de los acontecimientos cotidianos y hechos sobresalientes se convierte en historia. En el oficio de fotorreporteros existían dos modalidades, en la primera, el fotógrafo está adscrito al periódico o revista y entrega sus negativos a la empresa y ésta se convierte en la dueña de las imágenes; en la segunda conforman su propia agencia fotográfica, proporcionando exclusivamente impresiones y retienen para sí los originales. En 1920, Enrique Díaz eligió el segundo camino y formó una agencia denominada Fotografías de actualidad, ubicada en la calle de Donceles. Tiempo después ingresaron como socios Luis Zendejas, Enrique Delgado y Manuel García...En 1985 el AGN adquirió este valioso acervo para incorporarlo al patrimonio documental del país y difundir este importante legado.⁴

Poco antes de esa incorporación, la doctora González Cicero, al hacerse cargo de la Biblioteca del Instituto Nacional de Antropología e Historia Victoria San Vicente dejó el AGN. Leonor Ortiz Monasterio la nombró titular del Archivo Histórico Central y ahí dio inicio una época muy luminosa del trabajo en esa área, digamos el corazón mismo del AGN. La promoción de un trabajo en equipo, la formación de personal, el intenso trabajo de organización de acervos, la conversación constante y fructífera con investigadores de numerosos centros de investigación histórica en México y en el extranjero, todo eso caracterizó su trabajo en la Dirección del Archivo Histórico Central.

Debemos tener presente que en 1985 ocurrió una de las mayores catástrofes humanas y de recursos en nuestro país, los sismos de septiembre. Prácticamente todas las actividades del AGN se volcaron a la identificación de las pérdidas documentales –muy graves– en multitud de edificios del gobierno federal, a la recuperación de archivos (me tocó personalmente por

⁴ Victoria San Vicente, “Agencia Fotografías de Actualidad”, p. 4.

ejemplo, rescatar el Archivo de Migración), por lo que el traslado de acervos dañados al Archivo quedó registrado en fotografías: parte del Archivo de Reforma Agraria fue colgado en tendedores como ropa recién lavada en los patios de Lecumberri. Se realizó en cualquier caso, un esfuerzo mayúsculo para comprender la dimensión de la tragedia en términos de la devastación archivística. Para dar una idea, se concluyó que cerca de 250 kilómetros lineales de documentación habían quedado dañados o habían sufrido pérdida en edificios públicos. Los edificios de los tribunales de distrito en Pino Suárez se vinieron abajo. La sinuosa línea arquitectónica de esa estación del Metro repite la silueta de una de las torres caídas.

En el sismo del 19 de septiembre perdió la vida un archivista muy querido del AGN, el maestro Roberto Villaseñor, un hombre afable, de maneras educadas, trabajador, dedicado no sin pasión a documentar las expediciones del siglo XVIII, la de Alessandro Malaspina, la de Guillermo Dupaix –su admirado Dupaix–. Villaseñor vivía en el edificio Nuevo León en Tlatelolco y sumó consternación personal a la gran tragedia.

Al concluir el periodo de emergencia y recuperarse cierta normalidad en el trabajo del AGN, Victoria recibió el apoyo para asistir al *Stage Technique International des Archives* en París, que le permitió cotejar la experiencia francesa, una de cuyas características centrales es la acumulación de trabajo a lo largo de siglos, con la experiencia mexicana. Esa estancia, su segunda en Francia, pues muchos años antes cursó parte del Liceo en París, transformó su visión de los archivos y la persuadió de lo mucho que debíamos hacer en México. Por lo demás al *Stage* habían asistido o lo harían después, la propia Stella González Cicero, Leonor Ortiz Monasterio, Ángeles Suárez del Solar, Amanda Rosales Bada, Lula Acuña y Yolia Tortolero, entre quienes ahora recuerdo, y ha sido muy importante en la formación y en la construcción de una sensibilidad hacia los archivos en México en su contexto internacional.

En la conmemoración de los 50 años del *Stage*, creado en 1951, los archivos nacionales de Francia publicaron una memoria del mayor interés, la cual da cuenta de este enorme esfuerzo no sólo por divulgar la tradición francesa, sino sobre todo, como mecanismo idóneo para establecer un vínculo, una conversación entre las tradiciones de trabajo en la conservación de la memoria. Ese era el espíritu que durante muchos años animó el trabajo de uno de los directores de los archivos nacionales de Francia más

universales: Jean Favier. Otros archivistas franceses, por cierto, participaron en asesorías en la construcción del sistema nacional de archivos de México, por ejemplo, Charles Kesckemeti.

Quizá el trabajo que mejor define el carácter metódico, con horizonte de Victoria San Vicente haya sido la imaginación para construir el Registro Central de Grupos Documentales. Este instrumento, hoy esencial, no existía en el AGN. Es probablemente una de sus mayores contribuciones al conocimiento ordenado de los acervos y de la actividad institucional a lo largo del tiempo en el país. Conocer qué hay en una institución de archivo, cómo se ha trabajado a lo largo del tiempo, quiénes han participado en la organización de un acervo, qué se ha publicado, con qué instrumentos de consulta cuenta.

Pero debemos advertir que el Registro Central no tiene relación con el Registro Nacional de Archivos impulsado por la propia doctora González Cicero cuando se encargó de los archivos estatales y municipales, civiles y eclesiásticos, el cual merece también por su gran significado, una atención especial. El Registro Central tiene otro antecedente de mayor importancia. Hoy en día, todos conocen y quizá utilizan las normas internacionales de descripción archivística del Consejo Internacional de Archivos, pero pocos o acaso nadie recuerda la reunión inaugural que despertó los trabajos que desembocarían en ese gran corpus normativo, fue la reunión en Ottawa, Canadá, de 1988, en ésta se convocó a un selecto grupo de archivistas de todo el mundo para presentar ideas al respecto. A ella asistió San Vicente con la representación de México y su ponencia incluyó precisamente la noción del registro central de archivos.

Más tarde, junto con Yolia Tortolero formamos parte del grupo *ad hoc* de descripción archivística del Consejo Internacional de Archivos cuyas reuniones eran periódicas y que publicó las primeras versiones de Isad G, (International Standard Archival Description. General) e Isaar (CPF) (International Standard Archival Authority Record for Corporate Bodies, Persons and Families). Esto adquiere sentido porque para conmemorar el bicentenario de la fundación del AGN (marzo de 1990), Leonor Ortiz Monasterio encomendó a San Vicente y a mí la formación de una nueva guía general del AGN, pues la que se preparó con la doctora Moreno Toscano en 1981 ya era insuficiente.

Los trabajos los iniciamos hacia fines de 1987 –principios de 1988– y para

la redacción de la Guía, fue preciso hacer realidad el Registro Central. Todos quienes participaron de ese esfuerzo, que incluyó la revisión de acervos, de instrumentos de consulta, de bibliografía histórica, de memoria personal, podrán dar testimonio de la capacidad de San Vicente en la organización del trabajo y en su compromiso personal y entusiasmo, en la claridad de sus ideas. Nada le distraía.

Este es el testimonio de Amanda Rosales:

Conocí a Victoria cuando tomó posesión como titular de la Dirección del Archivo Histórico Central. Esta no era desde luego una tarea fácil; el hacerse cargo de un inmenso acervo, exigía de quien asumía esta responsabilidad un gran talento, conocimiento de la historia de nuestro país, dedicación y persuasión. Lidiar con investigadores, empleados, colaboradores, funcionarios que se querían lucir, y hasta con periodistas, empeñados en obtener la nota sensacionalista en sus reportajes requería de una persona de carácter firme y sí que Victoria lo tenía. Esto quedó demostrado en las tareas innumerables que le fueron asignadas en su carácter de directora; no obstante la muestra más palpable de su tozudez, perseverancia y firmeza de carácter, quedó evidenciado en una anécdota que me quedó grabada, cuando con motivo de su designación como Coordinadora junto con Juan Manuel Herrera, de la nueva Guía General del Archivo General de la Nación, me invitó a colaborar con otros equipos del Archivo, en la revisión de la descripción de los fondos documentales del siglo XIX que resguardaba el Archivo.

En ese momento, me integré al proyecto de la nueva guía y me dediqué por un lapso de tres meses a las actividades encaminadas a la actualización de la Guía General, en la edición conmemorativa de su Bicentenario; la última edición era obsoleta por haberse publicado en el año de 1981, durante la gestión de la doctora Alejandra Moreno Toscano.

El proyecto tuvo en Victoria su mejor líder, sabía lo que quería y cómo llevarlo a cabo; amplía conocedora de la historia, su visión y meta eran claras: la guía general era en ese momento “el proyecto” y no había poder humano que le quitara este propósito.

Fue en esa época en que se empezaron a correr serios rumores acerca de que el Archivo General de la Nación, en lugar de pertenecer a la Secretaría de Gobernación iba a pasar a ser una dependencia bajo la adscripción de la SEP,

lo que se perfiló como una amenaza para el Archivo General de la Nación; para quienes conocíamos el Archivo consideramos que esto era una verdadera “aberración histórica y un contrasentido”.

En corrillos y toda plática, giraban en torno a esta posibilidad con lo que se ponía en juego el futuro del Archivo General de la Nación. A la mayoría de quienes llevábamos años trabajando en el Archivo nos preocupaba sobremanera esa situación, casi a todos, excepto a una persona... a Victoria. Ella no participaba en estas deliberaciones; ella no perdía de vista su principal objetivo: la Guía General. Comentábamos todos que ¡cómo era posible permanecer inmutable frente a esta atrocidad que perpetraban las “autoridades ignorantes”!, no nos podíamos explicar este fenómeno.

Victoria en su empeño por continuar con la guía, con desvelos, pese a los obstáculos, ambiente de tensión..., se mantenía firme. No veía otra cosa.

Ese era su carácter, el de una persona de convicciones firmes, segura de sí misma, valiente, inteligente y perspicaz, práctica y siempre dispuesta a decir la verdad, no obstante el riesgo de herir la sensibilidad de quienes le trataban cotidianamente.⁵

La Guía permitió establecer el estado del arte, el nivel de conocimiento institucional de los acervos del AGN y, de la mano, dotar de un instrumento permanente para actualizar ese conocimiento, el propio Registro Central. Victoria San Vicente promovió, por otra parte y constantemente, la posibilidad de un programa nacional de descripción archivística, el cual no logró alcanzar la dimensión que ella imaginó. En la reunión de Citra, mesa redonda de Archivos del Consejo Internacional de Archivos, presentó una versión y en uno de los congresos nacionales de archivos, una acabada propuesta: “Hacia una política nacional de descripción archivística: estado actual y perspectivas”.

Escribió San Vicente:

Las diversas recomendaciones establecidas no sólo a nivel internacional, sino también como resultado de experiencias nacionales exitosas, es intentar

5 Amanda Rosales, “Victoria San Vicente Tello”, pp. 12-14.

establecer bases homogéneas y duraderas, adoptando otro principio básico de la descripción que, aplicado consistentemente, conlleva a tareas de planificación: tal principio es el de la universalidad, según el cual el conjunto de la documentación de un archivo y no una o varias de sus partes debe estar descrita...⁶

Esas ideas por fortuna, no caducan, así que siempre son una referencia útil en nuestros archivos.

Aparte de su capacidad para organizar las tareas, era muy culta y poseía una muy fina imaginación y cultura visual inmejorable para el trabajo museográfico. Una de las experiencias más gratas al verla trabajar era cuando coordinaba las grandes exposiciones realizadas en el Archivo General durante los años en los que fue directora del Archivo Histórico Central, bajo la dirección general de Leonor Ortiz Monasterio. Quizá conviene mencionar algunas. La muestra *Voces del Pasado*, por ejemplo, acompañó la celebración del bicentenario del AGN y fue una oportunidad extraordinaria para exhibir grandes joyas documentales del Archivo con un guión muy vinculado a su historia, pero muy libre también. Fue una exposición hecha no sólo con sensibilidad, sino con ese enorme cariño que sentía por el acervo del AGN. Remito al catálogo, es una publicación de muy buen gusto, pese a no ser una edición lujosa. La noche de la inauguración se escucharon elogios mayores de personas que en general no eran proclives a hacer carantoñas por compromiso, digamos, Guillermo Tovar de Teresa.

Otro grupo de exposiciones, enorme, la de las décadas de la ciudad de México, una serie del mayor interés por el volumen de obra expuesta. O la preciosa exposición de cartografía de Oaxaca montada bajo los auspicios del maestro Toledo.

Una más en la que participó, aunque ya no trabajaba entonces para el AGN: la preparada para el Congreso Internacional de Archivos del año 2000, en Sevilla, la cual era un proyecto que había naufragado en su primera intentona en alguno de los países miembros de ALA (Asociación Latinoamericana de Archivos), y que me fue encargado por la entonces directora Stella González, la diseñamos con material de numerosos archivos

⁶ Victoria San Vicente, “Hacia una política nacional de descripción archivística: estado actual y perspectivas”, p. 38.

de América Latina, a partir de un guión inmejorable, seleccionado por su espíritu revelador: *Seis propuestas para el próximo milenio* de Italo Calvino: levedad, rapidez, exactitud, visibilidad y multiplicidad (Calvino ya no alcanzó a escribir la última: consistencia).

La memoria de algunas de las personas que trabajaron con ella o la conocieron como investigadores ofrece una imagen complementaria del compromiso y rigor de trabajo de San Vicente en el AGN. Haré glosa de algunos de esos recuerdos.

Carmen Molina

Para algunos era la jefa Victoria, era eso, una jefa con carácter explosivo, incomprensiva y exigente. Para mí, en cambio quizá solo conocí su lado dulce, siempre encontré de su parte amabilidad, comprensión, apoyo y confianza [...] fue una oportunidad conocerla pues su habilidad, disposición al trabajo, eficacia e inteligencia fueron para mí un excelente modelo a seguir.⁷

Clotilde Martínez

Recuerdo que en las mañanas Victoria hacía un recorrido por las galerías para ver si todo estaba en orden y si todos estábamos en nuestro lugar para comenzar un nuevo día de trabajo, sobre todo, supervisaba al personal de servicio al público. Creo que todos teníamos cierto temor de que nos encontrara fuera de nuestro lugar de trabajo y de que nos llamara la atención por lo mismo, porque era una persona muy estricta respecto al trabajo; sin embargo, siempre nos trató bien [...] mientras colaborábamos en la elaboración de la guía general bajo su coordinación y la de Juan Manuel Herrera fueron días muy intensos de trabajo. Teníamos que investigar la procedencia institucional de cada grupo documental, el periodo, los instrumentos de consulta, la descripción informativa y las fuentes. Terminábamos un grupo y comenzábamos otro [...] en las mañanas teníamos reunión de trabajo para informar los avances y posibles problemas.⁸

7 Molina, Carmen, “Mi amiga Vic”, p. 37.

8 Martínez, Clotilde, “La Lic. Victoria San Vicente Tello”, p. 43.

Edith Vera

En el AGN tuve oportunidad de conocerla, convivir con ella y trabajar, así como constatar su gran calidad como persona, su paciencia y dulzura, su enorme deseo y energía por contribuir al rescate de las fuentes históricas que estaban en peligro de sucumbir y la enorme tarea de organizarlas para darlas a conocer. Ahí fui testigo de su lucha por dar forma a esos monstruos de papel ingobernables de inagotable contenido y de la ardua tarea para lograr hacer más amable la labor de un sinnúmero de especialistas del mundo entero que esperaban hallar en ellos las respuestas de un legado significativo que se pudieran convertir en materia para siempre. Su labor dio resultados, y con creces, dejó un testimonio de enorme valor documental.⁹

Linda Arnold

A mitad de los noventa Victoria continuaba trabajando en el Archivo General de la Nación, donde yo acostumbraba pasar mis veranos. Su entusiasmo por los archivos no dejaba de crecer, y cuando me acercaba a ella para plantearle proyectos de catalogación, sólo encontraba en ella apoyo y hacía mi trabajo siempre mucho más fácil.¹⁰

Paulina Rocha

Siempre hay alguien que confía en ti a primera vista, sólo porque sí, sólo de verte te da un voto de confianza. Eso me pasó con Victoria. Quien me enseñó a trabajar, fue la primera persona de la que aprendí a ser parte de un equipo, a desempeñar una labor, a cumplir un horario, a llevar a cabo proyectos y lo más valioso: ella me enseñó a producir un libro impreso, desde el manuscrito original, hasta cuando lo mandábamos a los Talleres Gráficos de la Nación para su impresión. Para ella los libros eran importantes y contagiaba su amor por ellos en todo momento.¹¹

⁹ Vera, Edith, "Para Victoria San Vicente Tello. In memoriam", p. 47.

¹⁰ Arnold, Linda, pp. 67-68.

¹¹ Rocha, Paulina, "La mirada", pp. 93-94.

Beatriz y Javier Mac Gregor

La imagen que guardamos de Victoria tiene que ver con dos planos que son, en apariencia, distintos y ajenos, pero que en ella se anidaban y tensaban dando por resultado la conocida reciedumbre de su carácter ilustrado; uno de tipo más bien profesional, era su pasión por los libros y los documentos históricos, visible en su vertiente de historiadora y archivista; y el otro, se refiere a algo que tenía más que ver con su forma de ser y su personalidad, su anticonformismo feroz y su carácter combativo [...] Para Victoria los libros era tesoros y su curiosidad hacia ellos era ilimitada.¹²

Cuando San Vicente dejó el AGN, y trabajó en la localización de acervos en el Museo de los Ferrocarriles en Puebla, realizó una suerte de catálogo de líneas y materiales con los archivos respectivos y participó en numerosas reuniones técnicas locales con el afán de consolidar el trabajo de organización de los acervos documentales, tan importantes y valiosos del universo ferrocarrilero del país.

Otra época importante en el trabajo de los archivos fue su ingreso al Archivo Histórico de la Ciudad de México, donde participó en la preparación, coordinación y redacción de la Guía General. De nueva cuenta, su pasión por conocer y documentar los acervos le permitió contar con muchísima información relevante en muy poco tiempo. Ahí tomó noticia y se emocionó con la figura de don Francisco Gamoneda a la cual me he referido antes. Creo que compartía con Gamoneda algunas características: la enorme voluntad de trabajo y el irrenunciable cariño hacia los libros y los documentos.

Por lo demás tenía un ojo muy entrenado. Una ocasión, paseando en Boston, quiso entrar en una librería de viejo, que las hay magníficas. Para sorpresa absoluta del dueño encontró un folleto sobre México y en otro salón, el plano que correspondía al folleto. El dueño se lo regaló.

Cuando la doctora Aurora Gómez Galvarriato fue nombrada directora del AGN la invitó a incorporarse a su equipo. Un dato muy revelador es que

¹² Mac Gregor, Beatriz y Javier, p. 56.

en una condición ya muy complicada de salud, un año y medio más tarde, no quería dejar de trabajar en el Archivo. Prácticamente acudió hasta la víspera de entrar al hospital el 22 de mayo de 2010. El Archivo para ella era no sólo un trabajo, era un motivo de vida y una ilusión, un verdadero privilegio al que siempre quería corresponder con la mayor pasión. Nunca acudió al AGN a pasar el tiempo, trabajaba incansablemente.

Para San Vicente –señala la doctora Gómez Galvarriato– el Archivo era su casa, su familia, un jardín de senderos por los cuales había caminado tantas veces, que con los ojos cerrados podía ir y venir, tomar atajos y nunca perderse. Pues conocía cómo y cuándo fue armándose cada andamiaje del acervo y de la institución. Lo que permanecía y lo que había cambiado. Me enseñó caminos que cubiertos ya de maleza se habían olvidado, veredas que se dejaron trucas y valía la pena retomar, otras que se habían torcido y había que enderezar y aquellas que quedaban por recorrer. Su amor por cada papel del archivo y el reconocimiento del esfuerzo y paciencia que a lo largo de siglos han ido plasmando en el archivo personas como ella.

El Archivo General de la Nación es no sólo el más importante en México, sino también ha sido una escuela para todos aquellos quienes hemos tenido el privilegio de trabajar ahí. Nadie sensible puede pasar sin conmoverse por la importancia de los acervos, con la inmensa riqueza histórica de la documentación de sus colecciones, por la inmensa contribución en la investigación a lo largo del tiempo y, en suma, por la notable presencia del pasado en la construcción del presente promisorio al cual se refería la doctora Moreno Toscano aquella mañana de 1982. Creo que Victoria San Vicente es alguien ejemplar en esa gran escuela del espíritu y la conciencia histórica del Archivo General de la Nación. Ahí trabajó muchos años, desde 1983 y hasta el 2010, con escala en otras instituciones relevantes, en otros proyectos que le emocionaron, en el AGN fue feliz y su contribución será duradera.

Como he dicho al principio, marzo es un mes importante para los archivos de México y Victoria San Vicente, una archivista privilegiada, está presente entre nosotros, en el Archivo General de la Nación para hacerlo, si cabe, más querido.

Bibliografía

- Arnold, Linda, “Victoria”, en *Victoria a un año de su ausencia*, México, s. Ed., 2013, pp. 67-68.
- De los Reyes, Aurelio, “Victoria San Vicente”, en *Victoria a un año de su ausencia*, México, s. Ed., 2013, p. 21.
- González Cicero, Stella, “Fortaleza que edifica”, en *Victoria a un año de su ausencia*, México, s. Ed., 2013, p. 104.
- Mac Gregor, Beatriz y Javier, “Victoria”, en *Victoria a un año de su ausencia*, México, s. Ed., 2013, p. 56.
- Martínez, Clotilde, “La Lic. Victoria San Vicente Tello”, en *Victoria a un año de su ausencia*, México, s. Ed., 2013, p. 43.
- Molina, Carmen, “Mi amiga Vic”, en *Victoria a un año de su ausencia*, México, s. Ed., 2013, p. 37.
- Rocha, Paulina, “La mirada”, en *Victoria a un año de su ausencia*, México, s. Ed., 2013, pp. 93-94.
- Rosales, Amanda, “Victoria San Vicente Tello”, en *Victoria a un año de su ausencia*, México, s. Ed., 2013, pp. 12-14.
- San Vicente Tello, Victoria, “Agencia. Fotografías de actualidad”, en *Bailes y Balas, Ciudad de México 1921-1931, Archivo Fotográfico Díaz, Delgado y García*, México, Archivo General de la Nación, 1991, pp. 4-5.
- _____ “Hacia una política nacional de descripción archivística: estado actual y perspectivas”, en *Memoria del V Congreso Nacional sobre Administración de Documentos y Archivística*, Serie Información de Archivos 33, México, AGN, 1994.
- Vera, Edith, “Para Victoria San Vicente Tello. In memoriam”, en *Victoria a un año de su ausencia*, México, s. Ed., 2013, p. 47. **L**